

teocrática y la patricia, mil años sobre nuestra Europa, destruída en cien fragmentos. Y dos principios lo contrastarán y lo combatirán, dos principios de unidad: el Pontificado y el Imperio. Bajo este último, bajo su ideal romano, irán poco á poco formándose las monarquías, destinadas á combatir el feudalismo en todas sus manifestaciones y á fundar la unidad interna del Estado. En la primera serie de los monarcas, desde fines del siglo quinto hasta fines del siglo undécimo, todos serán teócratas contra el feudalismo civil y todos pondrán sus nacientes coronas bajo las dos alas del Pontificado. En la segunda serie de los monarcas, desde fines del siglo undécimo hasta fines del siglo décimotercio, todos serán cruzados ó santos: Ricardo Corazón de León, Federico Barbarroja, San Luis, San Fernando, y muchos otros. En la tercera serie, desde fines del siglo décimotercio hasta mediados del siglo décimoquinto, serán todos crueles en su combate por arrancarle una parte de sus privilegios políticos al clero católico y una parte de sus privilegios nobiliarios al patriciado feudal. Pedro el Cruel en Castilla, Pedro el Cruel en Portugal, Pedro el del Puñalet en Aragón, y sus demás contemporáneos, no me dejarán mentir. Desde mediados del siglo décimoquinto hasta mediados del siglo décimosexto los reyes cambian. Á la verdad, no pierden el carácter de crueles revestido por sus progenitores, pues no podían perderlo en aquella horrible guerra con el feudalismo expirante; mas se tornan pérfidos y traidores, teniendo, á pesar de su fuerza, incalculable ya entonces, las calidades y condiciones de los débiles: destreza y astucia. Un maquiavelismo inconsciente se anticipa casi por adivinación al Príncipe de Maquiavelo, y un maquiavelismo razonado y consciente al hombre y al escritor destinados á la formulación de los principios, bajo cuyo triste imperio debía la razón de Estado desarrollarse. Fernando V, Luis XI, Enrique VII parecen un solo monarca por sus grandezas y por sus dobleces.

Á esta clase de reyes pertenecerá, por razón de su tiempo y

de su carácter, D. Juan II de Portugal. La perfidia, la doblez, la mentira, juntas con la crueldad natural, debían constituir las calidades múltiples de estos reyes maquiavélicos. La política se había sobrepuesto en ellos á la conciencia, como suele acontecer en los tiempos agitados con los revolucionarios, según lo prueban Cronwell, Robespierre, Dantón, todos grandes y todos grandemente homicidas. La inmaculada pureza moral de Washington luce á larguísimos intervalos en la trágica historia humana. Los reyes tuvieron que hacer una revolución contra el feudalismo, como los cabezas redondas de Inglaterra y los improvisados convencionales de Francia tuvieron que hacer una revolución contra los reyes. Así no se pararon en barras ni unos ni otros. El frío rigor, con que Naturaleza cumple sus fines, entraba en aquellos espíritus abstractos y secos á manera de fórmulas algebraicas. «Dice Luis XII, de Francia, exclamaba Fernando V de Aragón, que lo engañé dos veces: miente como un bellaco; lo engañé más de cinco.» Esgrimiera este Rey nuestro tal número de perfidias en la salvadora y definitiva reincorporación de la Navarra y de los navarros occidentales á España, que los reyes despojados aguardaban la restitución tras los Sacramentos, como en penitencia y al fin de conseguir el eterno rescate, á la hora en que murió el despojado. Y como le hablaran adrede gentes apostadas en la cámara mortuoria para este fin religioso, el Rey, político implacable y consumado, volvió la cabeza y no dijo una sola palabra. De iguales procedimientos, crueles y hábiles al mismo tiempo, se valieron León XI y Enrique VIII para desarzonar aquél á los últimos caballeros feudales, y disolver éste los partidos, ya católicos, ya cortesanos, que se iban reuniendo en torno de sus numerosas mujeres, implacablemente sacrificadas á sus caprichos y á sus razones de política y de Estado. Ya lo hemos dicho: así era también D. Juan II, en virtud de las leyes generales que producían monarcas idénticos, del mismo carácter y del mismo ideal, en apartados y aun contradictorios reinos. El cronista

Bernaldez, en las primeras páginas de su *Historia de los Reyes Católicos*, describe á Juan II con toda verdad, y lo presenta, como nosotros lo creemos y lo presentamos, diestro y cruel al mismo tiempo. En efecto, únicamente para examinar las jurisdicciones aristocráticas donadas por la Corona, y limpiarlas de tanta herrumbre como les había una usurpación sistemática sobrepuesto, necesitábase fuerzas de combate parecidas á las fuerzas del mecanismo celeste. Restringir la intervención aristocrática en el juicio de los tribunales y en el nombramiento de los regidores, alzándose con ambas facultades arrancadas por el feudalismo á la monarquía, resultaba en el fondo un radicalísimo cambio social; y estos cambios no se verifican jamás en la vida sin profundas revoluciones; y estas revoluciones no pueden cumplirse y realizarse nunca sino por el hierro y el fuego. Sin embargo, Juan II creía el crimen sólo practicable hasta un límite muy preciso, hasta el exacto y concreto de su patentísima utilidad. En esto se distinguía la perversidad de los reyes del siglo decimoquinto de aquella perversidad de los Nerones y de los Tiberios, quienes cometían crímenes baldíos á roso y velloso, por el placer y la satisfacción de cometerlos. Sobrio en comer y beber, corto en dormir y regalarse, enemigo de las ostentaciones artísticas y del pagano lujo en que Reyes y Papas del Renacimiento cayeran, como los Borgias y los Estes y los Médicis y los Urbino de Italia, mataba de modo muy reflexivo y á golpe muy seguro. Así acabó con López Vaz, muerto por impulso y ordenamientos suyos, á manos de varios caballeros, los cuales recibieron en premio de tal crimen, á traición perpetrado, valiosísimas y copiosas mercedes; así degolló al Duque de Braganza en Évora, tras un simulado proceso urdido con el fin de arrancarle á mansalva la tercera parte de Portugal, amortizada en aquellas manos extendidas sobre las coronas de los Reyes; así mató al Duque de Vizeo, haciéndolo comparecer desarmado á su presencia y apuñalándolo por la espalda con su propio regio puño y su propio regio puñal; así en Palmela precipitó al

Obispo de Évora en una cisterna para que se ahogase; así envió esbirros tras los patricios huídos á Francia, y allí murieron asesinados á su orden y á su mandato, implacables cuando á la razón de Estado convenía, semejándose así el Rey á la misma despiadada muerte, ciega para no ver, y para no escuchar sorda, en sus crueldades, á quien se traga y devora. Este pensamiento de la unidad interior del Estado, á que prestaba culto, como buen Monarca de una centuria esencialmente monárquica, debía impelerle hacia las navegaciones y los descubrimientos, generadores con su actividad continua de una clase tan opuesta en sus caracteres á los nobles feudales provinientes del terruño, destruído por la increíble aparición de los nuevos territorios y por la milagrosa llegada de los nuevos frutos, á cuyas competencias no podía conservarse, no, el valor de los inmensos estipendios señoriales sobre los que levantaba sus almenas la vivienda murada del noble y sus cordeles la siniestra horca del pechero. Por consiguiente, los caracteres políticos y los caracteres personales del Monarca portugués convidaban al intento de Colón, y le debían sugerir á éste la confianza más completa en el seguro favorable resultado. Enamoradísimo D. Juan de un formidable Imperio rematado en una sola cabeza, en la cabeza de un Estado vigoroso, cumpliera su obra cual ningún otro monarca de la historia, si aceptado el pensamiento de Colón ¡ah! no se hubiera visto, como se vió más tarde, obligado á la fuerza, constreñido por el hecho irrevocable, contra su voluntad y su grado, á repartir el mar y los dominios en el mar invenidos, entre castellanos y portugueses. Mas, desde los comienzos de la empresa y desde su primer atención á sus proposiciones, patentizóse con evidencia que deseaba D. Juan II realizar la obra colombina sin Colón. ¿Por qué tal insensato empeño en Rey de tanta inteligencia y estudio? Averígüelo Vargas. La historia entierra los móviles internos en una idea, en la imposibilidad absoluta de conocerlos, cuando los calla el mismo que se movió y se determinó á su empuje. Pero, conjeturando probabi-

lidades, lógicamente sacadas del estudio de los caracteres y de las vidas que historiamos, y coligiendo especies fundadas en inducciones que aproximan los objetos de la realidad al juicio subjetivo, ya induzcamos, ya deduzcamos, cosa posible apuntar dos razones capitales, explicativas de las causas que movieron el ánimo de D. Juan á su proceder. Quería la obra de Colón sin Colón. Error grandísimo, en verdad, el suyo. La justicia social no quiere desposeer á los bienhechores de la humanidad, no, del justo premio y del verde lauro que debe corresponderles en el templo de la gloria, y ha puesto á las obras más excelsas el nombre de sus autores más legítimos. Á virtud de esto apellidamos la religión del espíritu con el nombre de Cristo; las escuelas sincréticas del Egipto heleno con el nombre de Alejandro; la filosofía idealista con el nombre de Platón; la filosofía experimental con el nombre de Aristóteles; así como á la teología escolástica llamámosla tomismo de Santo Tomás y á todos los sistemas de Descartes, Kant y Hegel, los unimos con sus autores bajo el mismo común denominador, que confunde las personas mortales y transitorias con su permanente inmortal ciencia. Querer la obra de Colón y no querer al autor que la concibiera y la estudiara, que la pusiera en relación estrecha con todas las tradiciones históricas y la comprobara con todos los datos de su experiencia continua recibidos, ¡cuál desvarío! Y sin embargo, este desvarío poseyó al rey D. Juan, según todas las enseñanzas históricas. No debió el piloto intentar ganarse á un político así por el corazón y por la fantasía, omnipotentes de suyo sobre las almas apasionadas y estéticas, pero de ningún valor sobre las almas calculadoras y frías. Muy latinado, como decían los portugueses, muy sabedor de ideas abstractas y concretas, muy ducho en asuntos y negocios del Estado, muy sagaz, muy experto, muy al cabo de todo lo sabido en su tiempo, imposible que Colón quisiera determinarle por la idea de ganar muchas almas al cielo, por la idea de reconquistar Santa Sofía y el Santo Sepulcro, por ninguna de las ideas reli-

giosas y poéticas guardadas en el bien provisto carcax de sus argumentos para espíritus de otra complexión y género. Colón debió hablarle á la continua de inmensos dominios, de fabulosas riquezas, de dilatados imperios, y D. Juan debía, por su parte, obedecer á esta fascinación poderosa. Mas había en el nauta dos pretensiones incompatibles ambas con la política de D. Juan, política enteramente consustancial con su complexión y con su vida; la pretensión de muchas riquezas, mal vista por la regia codicia, y la pretensión de mucho poder y autoridad, contradictorias con el poder y autoridad reales, elevados al supremo dominio sobre todos y erigidos en fórmula de todo.

Imposible pasara D. Juan, él, que había quitado á la nobleza lusitana gran parte de sus rentas, por una participación ajena en los rendimientos del territorio á descubrir, y más imposible por la cesión de un gobierno perpetuo, como Colón pedía, copartícipe casi del suyo, á tanta costa y por medios tan dolorosos levantado sobre las espaldas de los nobles, en trances tan amargos, donde había tenido que recurrir á las potencias infernales del crimen para sacar á salvo la unidad y la integridad y la totalidad de su Monarquía. La indispensable aceptación del plan, precursora y preparatoria, se frustró entonces por las mismas causas que estuvieron á punto de frustrarlo después, por las excesivas pretensiones de mando y de tributación para sí expuestas por el sublime descubridor. Y como éste se hallaba tan seguro de la realización del proyecto; como veía tan claro el encuentro de tierras fabulosamente ricas, con sólo navegar hacia el Occidente, y no hacia el Mediodía, cual navegaban los portugueses; como tocaba con sus manos las paredes de oro, y cogía en sus puños los puñados de aljófares, y con sus ojos miraba las cresterías de rubíes y esmeraldas, emperrábase con una tenacidad sin ejemplo en la demanda del premio en poderes, del premio en riquezas, del premio en honores, bajo una seguridad tan grande que rayaba en aparente petulancia, repulsiva de suyo á todos, y con especiali-

dad á persona tan pagada de sí mismo como el rey D. Juan II. Cristóbal Colón se lamenta y dice: «Fuí á aportar á Portugal, adonde el Rey de allí entendía en el descubrir más que otro; el Señor le atajó la vista y todos los sentidos, que, en catorce años, no le pude hacer entender lo que yo dije.» Sin embargo, el Rey nombró una Comisión encargada de apreciar el asunto. Y esta Comisión dió un fallo en armonía y consonancia con las costumbres lusitanas, adscritas á buscar el África austral y las Indias orientales, navegando en larguísimos derroteros hacia el Mediodía. Maestre Joseph y maestre Rodríguez, médicos, juntamente con los dos prelados de Ceuta y de Vizeo, constituyeron la Junta encargada del dificultosísimo examen. Las letras de aquel tiempo, las humanidades tan vivas, todo cuanto se sabía del mundo y todo cuanto se sabía del cielo, estaba reunido y personificado en aquellos hombres eminentísimos, que habían bajado á los sepulcros de la historia y subido á los altos de la metafísica; hecho los instrumentos de navegación más perfectos y puesto en las carabelas el revelador cuadrante; relacionado el cielo y sus constelaciones con el mar y sus derroteros por medio del astrolabio; desvanecido una gran parte de los misterios que cubrían el mar tenebroso é impulsado los pilotos que doblaban la punta del inabordable Bojador, viendo surgir en torno suyo islas, como veía nereidas y sirenas el viejo Neptuno, cuando, arrastrado por los tritones en conchas y nácares de madreperlas, recorría por luminosas noches mediterráneas, entre brisas y estelas, aquellas diáfanas aguas de su hermosa Grecia. Dar por buena, después de tantas fortunas, la innovación del genovés, cuando surcaban en aquel minuto los mares barcos obedientes á las ideas por ellos allegadas y á las fórmulas por ellos escritas, fuera inconsecuencia incalculable. Así la rutina se burló de las adivinaciones de aquel espíritu profético y el cálculo venció á la inspiración. Pero D. Juan, en sus adentros, no debió quedar muy persuadido á la negativa por el dictamen de los sabios, cuando convocó y congregó el Consejo Superior de la Corona. Este Cuerpo, esencial-

mente político, en su mayoría compuesto de aquellos juriscultos á quienes la ciencia y conocimiento del derecho romano sugirieron la idea del poder absoluto moderno y la fundación de los Estados poderosos, apartó las ideas puramente científicas de la Comisión, compuesta por los cosmógrafos técnicos, y se apoyó en las pretensiones de autoridad y de rentas formuladas por Colón, creyéndolas contrarias al derecho eminente de la Monarquía y al poder absoluto del Monarca. En verdad que la Junta técnica y el Consejo político daban los dos motivos de la negativa: aquélla el hábito acreditado de los derroteros y descubrimientos portugueses y éste el principio recién establecido de la unidad monárquica. Con el un dictamen se opusieron al pensamiento expuesto y con el otro dictamen se opusieron al premio pedido por Colón. Y aquí surgió la idea propia del espíritu y del temperamento de D. Juan: aprovecharse de la obra colombina y deshacerse de Colón. El cristianismo sin Cristo, el mosaísmo sin Moisés, el mahometismo sin Mahoma, el viaje de Colón sin Colón: he ahí la idea del taimado y astuto D. Juan. En las largas comunicaciones del proyecto, en los diálogos íntimos con el descubridor, en las consultas hechas á la sabiduría del siglo, en los datos reunidos para el dictamen, aprendió D. Juan todo cuanto podía entonces aprenderse y lo puso en práctica inmediatamente. Llamó al más experto entre los pilotos portugueses, á Pero Vázquez, compañero un día del infante D. Enrique, y á hurtadillas, á la callada, con todo sigilo y recato, le impelió á recorrer, so pretexto de provisionar las islas del Cabo Verde, los derroteros de Colón. Entonces vióse claramente cómo lo mecánico, lo externo, el cálculo material, una consigna de soldado, una orden de rey, no pueden reemplazar al esfuerzo, al empeño, al estudio, al pensamiento, y sobre todo, al dolor de un verdadero genio hecho mártir de su propia grandeza, y por mártir de su propia grandeza, redentor de sus semejantes. ¡Ah! Tan sólo conocemos aquello que causamos; por eso Dios lo conoce todo, porque todo lo ha causado. Y sólo quiere Dios

que alcancemos aquello por cuyo logro hemos padecido. En la pasión, en el sufrimiento, en el martirio, en el cáliz de acíbar, en la calle de Amargura, en el Calvario y en la Cruz se hallan la redención y los redentores. Únicamente sabemos aquello que causamos, y únicamente conseguimos aquello por que padecemos. Colón había causado su obra, y Colón había padecido por ella; únicamente Colón podía realizarla. El piloto mecánico se asustó al verse metido en el mar de Zargazo, entre cuya vegetación se detenían y enredaban las quillas; se asustó más al sentirse azotado por la tempestad y por el huracán; se asustó más al bogar y bogar días tras días sin descubrir nunca tierra; y en su terror volvió proa, demandando de nuevo Portugal y excusándose del regreso con la exageración de los peligros. El secreto llegó á transpirar, Colón llegó á saberlo. En cuanto lo supo, sus irritaciones momentáneas, sólo comparables, en fuerza de intensidad, á la duración de sus calmas y á las pruebas de su paciencia, le sublevaron y le movieron á huir de allí para encaminarse á nuestra España. Comenzaba en tal momento el invierno de 1484. Casualidad, casualidad, casualidad, repiten á porfía los que ven la historia humana por su lado pequeño. Pero en el plan de la Providencia estaba, en el sistema lógico que forman las sociedades humanas, en la evolución jamás interrumpida de los tiempos, en el cumplimiento de los humanos destinos y en el curso de la civilización universal, que aquella España, conocida por los antiguos con el nombre de luminosa estrella de la tarde, se dirigiese por el ocaso á completar el cielo y el planeta, como á renovar con otra nueva creación toda la Naturaleza.

CAPÍTULO VI.

VENIDA DE COLÓN Á ESPAÑA.



MARGADÍSIMO debió quedar Colón, viendo á la Monarquía lusitana, metida entonces en los descubrimientos que llenaban sus mares, y á la familia de Avis, glorificada por las increíbles invenciones debidas á su inspiración, menospreciar al poseedor del más precioso entre aquellos secretos, cuya continuada revelación iba engrandeciendo la tierra con costas nuevas y dilatando el espacio así en los mares como en los cielos. Aferrado á la vida por la realización del trabajo, que á su inteligencia y á su voluntad defiriera la interior vocación providencial propia, revolvíase contra todos los obstáculos opuestos por la ignorancia y por las supersticiones á la sublime adivinación, hechura en parte de su fantasía intuitiva y en parte de su adquirida ciencia. Pero en tal combate sucumbía el infeliz á diario muy dolorido. Y este dolor intenso, el cual á veces comunicaba desórdenes horribles á sus nervios, remontados por las múltiples segregaciones de hiel producidas en el insomnio consiguiente á las grandes faenas intelectuales, cuyos ejercicios tanto adoloran así la complexión moral como la complexión física de los hombres destinados al bien de nuestra tierra y de nuestra especie, debían de suyo no desesperarle del todo, como